

El máximo error que Lavalle se reconocía haber cometido fue el ordenar el fusilamiento de Dorrego:

Acaso he cometido grandes errores, y el más grande de todos, el fusilamiento de Dorrego... Aquella muerte fue un cáncer que me devoró en el exilio y después en esta estúpida campaña [244 y 669].

Pero justifica su error escudándose en su juventud y en el consejo de «los hombres con cabeza», «los doctores», que fueron quienes le obligaron, en cierta manera, a cometerlo:

Sí, camaradas, esos doctores que me hicieron cometer un crimen, porque yo era muy joven, entonces, y creí de veras que hacía un servicio a mi patria... Tú, Danel, que estabas conmigo en aquel momento, sabes muy bien cuánto me costó hacerlo, cuánto admiraba yo el coraje y la inteligencia de Manuel... Y sabes también que fueron ellos, los hombres con cabeza, los que me indujeron a hacerlo, con cartas insidiosas... Fueron ellos. No tú, Danel, ni tú, Acevedo, ni Lamadrid, ni ninguno de los que tenemos más que un brazo para empuñar el sable y un corazón para enfrentar la muerte [669].

Fernando sabe también que ha cometido un delito que tiene que expiar —el de el incesto— y de hecho expía porque se somete voluntariamente a la muerte. Pero no reconoce su culpa porque no fue un acto voluntario. Respondía a una determinación física, puesta en evidencia durante su experiencia de autoanálisis y que ejecutó con independencia de su voluntad (22).

En relación con la mujer, ambos muestran facetas también semejantes: una inconstancia afectiva —o una incapacidad— que se traduce en cambios frecuentes de compañera.

Damasita Boedo era la muchacha que acompañó a Lavalle en su épica retirada. Pero también se habla de *Solana Sotomayor*, que abandonó al brigadier Brizuela por Lavalle [674] y de su auténtica mujer, *Dolores*, que el propio general recuerda en el último balance de su vida cuando «avanzan en su mente los rostros verdaderos y permanentes» [682-683].

Fernando eleva esta faceta a su máxima potencia. Numerosas mujeres se le conocen en su vida aunque Bruno piensa que no quiso más que a su madre Ana María [613].

Cierto tipo de mujeres se acercó a ellos maternalmente:

Damasita Boedo, la muchacha que cabalga a su lado y que ansiosamente trata de penetrar en el rostro de aquel hombre que

[22] Véase M. Gálvez: *Ob. cit.*

ama, piensa: «General, querría que descansases en mí, que inclinases tu cansada cabeza en mi pecho, que durmieses acunado en mis brazos. El mundo nada podría contra ti, *el mundo nada puede contra un niño que duerme en el regazo de su madre. Yo soy ahora tu madre, general. Mírame, dime que me quieres, dime que necesitas mi ayuda* [682].

Georgina, dice Bruno refiriéndose a Fernando, lo defendía «*con maternal energía* cuando yo lo atacaba». «No imaginas cuánto sufro» me decía [631].

A veces, le contaba Georgina a Bruno, caía de la exaltación más violenta a la pasividad y a la melancolía más absolutas, «entonces se convertía ... —reconoce Bruno—, en el ser más indefenso y desamparado del mundo, y *como un niño pequeñito se acurrucaba sobre la falda de su prima*» [632].

CIRCUNSTANCIAS SOCIALES

En 1819 la primera constitución argentina establecía un régimen unitario y centralista de acuerdo con los deseos bonaerenses y en desarmonía con el sentir de las otras provincias que querían la idea federalista. Siguen años de anarquía. En 1920 surgen los caudillos representantes de sus provincias respectivas, pero muy populares entre la totalidad de la masa: Artigas, Estanislao López, Francisco Ramírez, Juan Facundo Quiroga. Todos ellos republicanos y federalistas, levantándose en armas contra el centralismo porteño. Fueron estos años de lucha entre el ser y no ser de la tierra argentina. La anarquía hizo que la totalidad de las provincias delegaran en la de Buenos Aires —la más rica y mejor comunicada geográficamente con el mundo— el manejo de las relaciones exteriores. Se dicta la constitución de la República de Tucumán que dura en vigor un año. Derribado en 1827 Bernardino Rivadavia, el primer presidente de las Provincias Unidas, con Buenos Aires como capital de la Nación, asumieron el poder los federales con el coronel Manuel Dorrego. Dorrego fue fusilado por orden del unitario Lavalle, que había asumido el mando tras una revolución, y el fusilamiento publicó una ola de indignación y gran confusión, de la que se aprovechó un joven caudillo rural: Juan Manuel de Rosas, para hacerse proclamar gobernador de Buenos Aires en 1829. Cuando finalizó su período era el *idolo de las clases populares* y el mayor enemigo de la minoría culta y noble de la metrópoli bonaerense. En 1834 se une la última de las provincias argentinas en un pacto federal: 14 provincias en «unión indisoluble», provincias que habían ido

surgiendo a lo largo de las guerras civiles. En 1835 llega otra vez al poder Rosas. Es *dictador* hasta el año 1852, en nombre del partido federal, teniendo como propósito principal de su programa político destruir el partido unitario y terminar con la anarquía como «tirano ungido por Dios, para *salvar* a la patria». El general Justo José de Urquiza García le derriba en 1852, en Monte Caseros, tras *diecisiete años de dictadura* durante los cuales *guerras civiles, desunión, tiranías y despotismo*, asolaron a la nación argentina.

Rosas era apoyado por la mayoría del pueblo y a su caída desaparece el sufragio universal, salvo en las etapas de 1912 a 1930 y de 1945 a 1955 —época de Perón— (23).

Por lo tanto, tiranía, luchas civiles, desunión y terror forman el telón de fondo a la historia de la retirada de Lavalle.

Perón, de origen sardo y modesto, nació en 1895. Se licenció en la Academia Militar Nacional y posteriormente sirvió un tiempo como agregado militar de Argentina en Italia. Allí sorbió ávidamente las doctrinas fascistas y la histriónica retórica de Mussolini, adoptando ideas de un nacionalismo apasionado y agresivo, junto con la idea de regeneración patriótica. De regreso a su país en 1940, estaba convencido de que él y sus coroneles adictos debían dar un golpe de estado para «*salvar*» a la nación (24).

En 1943, Perón con su camarilla subió al poder: desde el puesto de presidente del Departamento Nacional del Trabajo, inició una inesperada serie de reformas. Fue expulsado de sus cargos en 1945, arrestado y exiliado a una isla del Plata. Pero las manifestaciones de sus partidarios —los «descamisados»—, obligaron a ponerle en libertad y, tras unas elecciones, llegó a la presidencia en 1946, apoyado por una *gran mayoría popular*. Su régimen fue *dictatorial* y unipartidista, de forma que *el país quedó dividido en peronistas y no peronistas*. Utilizó el Tribunal Supremo e instituyó una severa legislación contra la traición, es decir, contra todo lo que no estaba de acuerdo con él. Cientos de ciudadanos fueron a la cárcel por «delitos políticos», y la actuación de la policía fue verdaderamente bárbara. En la época de Rosas la «Mazorca», una milicia instituida para «detectar» ese mismo tipo de delitos, actuó de manera semejante. En 1955, fue derrocado.

Igual que con Rosas la dictadura de Perón fue tiránica para sus enemigos; la desunión, las rencillas, el miedo y la inestabilidad social y económica, vuelve a sumir a los argentinos en la época de Fernando.

(23) Véase el prólogo de M. Fraga Iribarne a «Las constituciones de la República Argentina», de Legon y Medrano.

(24) El proceso histórico que llevó a Perón al poder puede verse en el libro del profesor Sánchez-Barba.

A «Evita» Perón, suele equiparársela a Encarnación Ezcurra, mujer de Juan Manuel Rosas (25). Rosas hizo nacer la clase social de los ricos «estancieros» que durante mucho tiempo dominó la vida política del país (26) y Perón, con sus reformas sociales, más demagógicas que reales, dio poder a la clase obrera, que vuelve a imponer su mayoría en las elecciones de 1973, después de dieciocho años de exilio de su líder político.

CELEDONIO OLMOS Y MARTÍN DEL CASTILLO, PROTAGONISTAS DE UN HIPOTÉTICO FUTURO ESPERANZADOR: METAFÍSICA DE LA ESPERANZA

La lección histórica de Lavalle y la desesperada retirada de la legión maltrecha, sobrevive más allá de la desaparición total de sus miembros. Años después, la lección de esperanza y solidaridad que los miembros de la legión en retirada, legaron a la posteridad, se volverá a ejemplificar, permitiendo nuevamente que un hombre se salve del caos de una época, y de una sociedad en descomposición.

Dos muchachos sencillos de la misma edad —diecisiete años—, serán los protagonistas de esta supervivencia. El alférez Celedonio Olmos, tatarabuelo de Alejandra, y Martín del Castillo, sobrevivieron a las tragedias y de sus respectivas épocas, gracias a la solidaridad y a la esperanza de un mínimo grupo de individuos, así como a la actitud heroica de dos hombres que con sus acciones lo hicieron posible.

Ya hemos visto las semejanzas de los héroes Lavalle y Fernando, tanto social como individualmente. Ellos, con su temeraria locura, motivaron las actuaciones de los restantes miembros. De todos ellos el más directamente vinculado con Fernando será Martín, así como lo fue el joven alférez Celedonio con Lavalle. No obstante, ellos son los protagonistas de esta supervivencia de valores, seguramente porque su poca edad no había permitido que finalizase en su espíritu la acción devastadora de su respectivo medio ambiente.

Ellos constituyen lo que Sábato ha llamado «metafísica de la esperanza», porque Martín, que tras la muerte de Alejandra se había vuelto a sumir en la más auténtica y total desesperación y soledad, es capaz de reaccionar y como el alférez Celedonio Olmos «empezó a entrever una torre. Una sola. Pero por ella valía la pena vivir y morir»: la de la solidaridad humana. Gracias a ella, la esperanza del futuro volvió a renacer como en aquellos momentos fugaces de felicidad con Alejandra.

(25) «Las veinte jóvenes americanas», de Marcel Neidergang. Ed. Rialp, p. 175.

(26) *Idem*, pp. 200-201.